

landier no fuera más que un monton de ruinas, como los de Clisson, Mortagne y Tiffauge, puesto que de lo contrario no hubiera dejado de incluirlo el vizconde en la lista que remitió á M. Levrault, cuando se trató de relacionar á este con la nobleza de las cercanías. No dudaba, por ende, que este castillo estaba inhabitado; pero á pesar de esto ¿qué objeto tendria Gaspar en decirle que aquel camino era peligroso? ¿A qué venia el haber aplicado al sendero el título de camino del Diablo? ¿Con qué fin le contaria aquella historia de la pastora y su vaca perdidas en los pantanos?

Despues de algunos minutos de reflexion, aplicó Laura un latigazo á su caballo, el cual echó á andar á buen paso por el camino que conducia al castillo de la Rochelandier.

Despues de galopar un largo trecho, la señorita Levrault desembocó en un valle estrecho, y se detuvo al pié de un castillo, que aunque mutilado por los años, conservaba todavia su antiguo aspecto señorial, y ostentaba tan resignado su vestustel como un hidalgo envuelto en su agujereada capa puede desafiar á la pobreza. La siempre pródiga naturaleza habia cubierto sus heridas con flores y ramaje. Los juncos, sauces y espadañas crecian en los fosos ó se movian en los montecillos inmediatos. La yedra y las enredaderas se encaramaban por las torres, y por todas las hendiduras

de los muros salian parietarias y otras yerbas que escogen por morada las ruinas. Una escalinata de diez bancos servia de subida del patio al vestíbulo. Las inmediaciones eran agrestes; las fábricas y manufacturas eran por allí cosa desconocida. El Sevre no ofrecia más atractivos que el lujo de sus sombras.

La aldea que se hallaba situada á dos tiros de fusil del castillo no presentaba á la vista más que unos cuantos caseríos dispersos, en cuyo centro se elevaba un rústico campanario. En este momento el valle se encontraba desierto, y aun en el castillo no se notaba que hubiese gente. Ningun indicio habia por allí de vida; ni un rumor, ni un movimiento, ni aun siquiera una nubecilla de humo se elevaba por aquellos tejados. Por la puerta, que estaba completamente abierta, podia verse crecer la yerba á su antojo entre el empedrado del patio y las grietas de los bancos de piedra de la escalera. Si esta morada no estaba definitivamente abandonada, debia pertenecer á una de las familias ausentes de quienes habia hablado el vizconde; pero ¿por qué razon el vizconde habia dicho que aquel sendero tan suave, fácil y halagüeño estaba erizado de peligros y malos pasos? ¿Por qué no habia hablado nunca de la familia de la Rochelandier? Embebida en estas reflexiones no podia, sin embargo, dejar de comparar el aspecto pobre y

miserable del castillejo de Montflanquin con la bizarría y majestad de esta habitación feudal. Era lo mismo que comparar un agujero de topos con un nido de águila.

Laura se apeó del caballo y levantando su vestido de amazona, penetró en el patio con el fin de examinar más de cerca el escudo de armas esculpado en el dintel de la puerta. El espectáculo de las almenas y torreones había bastado para distraerla de contemplar la naturaleza; la vista de un escudo de armas, borraba de su imaginación toda la poesía de los arenales y prados. Iba á retirarse Laura, cuando apareció en el vestíbulo una señora de aspecto grave. Su primer impulso fué retirarse; pero la noble castellana no le dió tiempo para que pusiese su proyecto por obra.

—Espero, señorita, dijo aquella con amable sonrisa, que mi presencia no es la que causa el miedo de que parece estais poseida. No me consolaría jamás de haber asustado tanta juventud, gracia y belleza.

—Señora, murmuró Laura con el rostro más encarnado que una grana, creí que nadie vivía en este castillo.

—Pues bien, señorita; ya estais castigada de vuestra ligereza, pues sois mi prisionera. Presumo que no tendreis inconveniente en descansar un rato en casa de la marquesa de la Rochelandier.

Y al decir esto la marquesa alargó su blanca mano á la jóven para invitarle á que subiese la escalera.

La señorita Levrault jamás había tropezado con tan buena fortuna; y así fué que, sin hacerse más cargo, aceptó la mano de la marquesa, que la introdujo en una sala, donde se respiraba opulencia, pero que conservaba vestigios de grandeza pasada. Todas las encimeras de las puertas representaban fiestas galantes del género de Watteau, de Lancret y de Francisco Boucher.

Encima de la chimenea, que era inmensa y de mármol blanco, había un espejo, cuyo marco calado terminaba por sus cuatro ángulos con ramajes llenos de nidos de tórtolas, y de otra porción de aves esculpidas. Todo esto se hallaba ahumado, ajado y lleno de grietas. Las sillas y los sillones estaban cubiertos con unas fundas blancas destinadas más bien á tapar que á prevenir las injurias del tiempo. Los tapices que cubrían aquellas viejas paredes reclamaban la aguja á voz en grito. Quizás no hubieran estorbado tampoco algunos muebles más en aquella sala, de la cual eran el mejor adorno los retratos de familia. Todos los Rochelandier se encontraban allí en sus cuadros góticos, armadas hasta los dientes algunas figuras, cubiertas de pieles de armiño otras, y abrumadas de cruces y bandas la mayor parte. Entre los re-

tratos de mujer, el que más llamó la atención de Laura era una gran señora con traje pastoril, vestida de moiré, la cual se erguía gravemente sobre sus carneros, y á cuyo lado se hallaba en el mismo lienzo un la Rochelandier con casaca de terciopelo, cuello de pichon y cubierta la cabeza con un gran sombrero, en actitud de presentarle un conejo blanco recostado en un canastillo lleno de rosas. Aun cuando la marquesa revelaba que había pasado ya la primera y quizá la segunda época de la juventud, era hermosa todavía, y estaba en ademan de caminar con la cabeza erguida, el pecho hácia afuera y con el continente de una reina. Todo indicaba en ella el instinto de la dominación. Sus lábios, que sonreían con una gracia indecible, parecían, sin embargo, más á propósito para expresar espontáneamente el desden que la benevolencia. El orgullo de su raza coronaba, por decirlo así, su frente.

Un ojo perspicaz hubiera adivinado en ella al primer golpe una de esas mujeres amables por cálculo é imperiosas por naturaleza, que Dios ha creado para que reinen; no tanto por las seducciones de la debilidad, como por la sutileza de espíritu, y además una voluntad enérgica.

Apenas entró Laura en el salón, dijo á la marquesa el nombre de su padre, valiéndose de las siguientes palabras, que solo Dios sabe el trabajo

que le costó pronunciar, fascinada por el fuego de las miradas que todos los retratos de la familia parecían tener fijas en ella:

—Señora, soy la hija de M. Levrault.

Antojábasele que al pronunciar este nombre cada cuadro iba á soltar una sonrisa burlona, que partiría recta como una flecha á clavarse en su corazón.

Refirió en seguida por qué casualidad se había quedado sola en medio de los campos, y cómo había sido la curiosidad tan solo la que la había conducido al patio del castillo.

—¡Cómo! ¿Segun eso, señorita, es V. hija del rico fabricante que ha venido á establecerse en la Trelade? He oido hablar muchas veces de su padre de V., y si no estoy mal informada, me parece que ha pasado á visitar á muchas familias de estos contornos. Confieso á V. que me he lisonjeado de que no sería la Rochelandier el último castillo donde tendría á bien presentarse, y esta mañana mismo me sorprendia de que haya sido así; en este instante lo siento en el alma.

—¡Ah, señora marquesa! contestó Laura presurosa; mi padre tiene en eso mucha menos culpa de lo que V. cree. Somos enteramente extraños en el país, y la persona que tomó á su cargo dirigirnos en la elección de nuestras relaciones, no nos ha dicho hasta ahora una palabra del castillo de la

Rochelandier. Desde que nos hallamos en la Trelade no hemos oído el nombre de V. ni una vez siquiera. Escasamente hará una hora que la casualidad me ha deparado tan alta honra. Esto no consistirá en otra cosa, seguramente, sino en que no habrá llegado á noticia del vizconde de Montflanquin el regreso de V. á sus posesiones; á no ser así no comprendo.....

—Perdone V., señorita; repuso la marquesa interrumpiéndola; ¿sería por ventura la persona encargada de dirigirlos á ustedes en la elección de sus relaciones.....?

—Justamente, señora; esa persona es el vizconde de Montflanquin.

—Entonces ya comprendo perfectamente, replicó la condesa con altanería, que el vizconde de Montflanquin no haya intentado presentar á su padre de V. en un castillo, de cuyas puertas no tiene las llaves. En verdad, señorita, prosiguió luego con la mayor afabilidad, que si M. Levrault no ha sido presentado en otras casas más que en las que frecuenta el vizconde, han debido ustedes vivir hasta ahora en una soledad casi absoluta.

—En efecto, señora marquesa; hasta el presente puede decirse que casi estamos aislados, repuso Laura empezando á escuchar con el más vivo interés. Hace tres meses que nos hallamos en

la Trelade, y el círculo de nuestros conocimientos está limitado al vizconde de Montflanquin, al caballero de Barbanpré y al conde de Kerlandec.

Al oír estas palabras, soltó la marquesa una carcajada tan estrepitosa, que parecía más bien el ruido de un torrente. Largo rato estuvo agitándose en su sillón, entregada á la más violenta risa, y Laura la contemplaba estupefacta, sin saber qué continente adoptar.

—Mil perdones, señorita, exclamó al fin Mme. de la Rochelandier, así que se calmó algún tanto su alegre acceso; conozco que he hecho mal en reirme ante V. de personas á quienes M. Levrault recibe con intimidación, y aseguro á V. que no volverá á sucederme nunca. En cambio, prométame V. solamente no juzgar á toda la nobleza de Bretaña por los tres apuntes que acaba de citarme.

—¡Ay, señora marquesa! ¿Qué dirá V. cuando yo le manifieste que el vizconde de Montflanquin nos ha hecho creer que las casas de Kerlandec y de Barbanpré, no cedían en antigüedad é ilustres títulos á ninguna otra, y que yo estaba íntimamente persuadida de que el vizconde y los dos hidalgos mencionados eran la flor y nata de la nobleza del país?

—¡Oh! No hablemos más de esto, señorita, res-

pondió la marquesa dominándose con visible trabajo; de lo contrario no voy á poder menos de echarme á reir; no me estaria bien el hacerlo, ni sería tampoco conveniente.

Y con gran sentimiento de Laura cambió en seguida de conversacion. La hija del ex-mercader, cuya desconfianza y curiosidad habian sido altamente excitadas con lo que acababa de oír acerca del vizconde, trató en vano de reanudar aquella, lanzando á los tapices el nombre de Montflanquin; la marquesa se encerró en esa reserva obstinada que es la peor de las indiscreciones. Pero en cambio colmó á la señorita Levrault de atenciones de todo género, y se mostró con ella afable y bondadosa en extremo. La marquesa poseia esas elevadas maneras aristocráticas que redoblan el precio de los más insignificantes obsequios, dan valor á la moneda de la política corriente, y hacen de un manojo de yerba una espiga de diamantes. Los cumplimientos no le costaban nada; pero la lisonja, al pasar por sus lábios, podia ser considerada como la flor de la verdad.

Un criado se presentó en el salon con una bandeja de frutas y conservas, y la marquesa, que se empeñó en servir por sí misma á la jóven amazona, lo hizo con una galantería y unos modales tan corteses, que conmovieron vivamente la vanidad de la señorita Levrault. En seguida la llevó á pa-

sear á las plataformas del castillo, y á las calles de un parque que, sin tener grande extension, era sin embargo bellissimo, merced al poco cuidado que habian tenido de él veinte años atrás. Nada habia en aquella posesion que se asimilase á la ostentacion y al fausto de la Trelade, sino que, por el contrario, todo revelaba en él el abandono y la pobreza; pero en compensacion de esto á cada paso se encontraban huellas auténticas de una larga série de antepasados, y Laura hubiera dado de muy buena gana por aquellos blasones, por aquellos retratos de familia y por aquellos torreonnes aspillerados, la Trelade, la trahilla y los diez caballos de su padre, con Barbanpré, Kerlandec y Montflanquin por añadidura.

Las horas se le pasaban á la hija del ex-mercader como minutos; esto no obstante, al breve rato de haber regresado al salon, se levantó para despedirse.

—¿Supongo que volveremos á vernos? le dijo la marquesa con cariñosa voz.

—No dude V., señora marquesa, repuso Laura, que mi padre apresurará el venir á ofrecer á V. sus respetos, y á darle las más expresivas gracias por la buena acogida que yo he hallado en el castillo de la Rochelandier. Por mi parte, señora, aseguro á V. que no olvidaré nunca tan amable hospitalidad.

—Diga V. de la mia á M. Levrault que tiene una hija adorable, y que aun cuando habia oido hablar de sus inmensas riquezas, jamás pude presumir que tuviera un tesoro tan precioso..... pero ahora que me acuerdo, señorita, añadió la marquesa golpeándose en la frente; V. no puede volver sola á la Trelade, porque nuestras veredas deben serle muy poco conocidas; dignese V., por lo tanto, aguardar á que vuelva mi hijo Gaston, el cual tendrá un verdadero placer en acompañarla.

Como madama de Rochelandier no habia dicho hasta entonces ni una palabra siquiera acerca de su hijo, Laura no pudo ménos de estremecerse á tan inesperada revelacion. Casi al mismo instante llegó á sus oidos el galope de un caballo que se detuvo en el patio del castillo, y algunos segundos despues se presentó en el salon un hermoso jóven de dulce al par que arrogante fisonomía. En su frente, á cuyos lados caia con gracia una rizada cabellera de color rubio ceniciento, se veian marcados destellos de inteligencia. Aun cuando todo revelaba en él que se hallaba en la primavera de la vida, su mirada triste y su aire melancólico denotaban secretos padecimientos. Era alto, delgado, de gentil continente, é iba vestido con elegante sencillez; la edad que representaba, seria á lo sumo la de veinticinco años.

Laura no necesitó más que verle, para compren-

der el sentido y la moralidad de las fábulas de Montflanquin. La presencia del jóven fué para ella un torrente de luz que iluminó de repente las tinieblas del camino del Diablo. Gaston no habia tenido que hacer otra cosa que mostrarse, para correr el velo con que se cubria Gaspar. Así que penetró en la sala se inclinó profundamente ante la jóven, y besó la mano de la marquesa con una ternura mezclada de respeto.

—Gaston, le dijo esta con risueño semblante; ¿no es verdad que estabas muy lejos de presumir que hallarias á tu regreso dentro de nuestras viejas paredes una flor tan linda? Complácete de la casualidad que te ha proporcionado tan agradable sorpresa. La señorita Laura te permite que la acompañes á la Trelade, donde si, como supongo, ves á M. Levrault, lo cumplimentarás de mi parte por su llegada á nuestro país.

Gaston, que conocia perfectamente hasta dónde llegaba el orgullo de su madre, no pudo prescindir de echarla una mirada de curiosidad; pero reponiéndose al punto, dijo dirigiéndose á Laura:

—Señorita, estoy á las órdenes de V.; aun no he mandado quitar la silla á mi caballo; de consiguiente podremos marchar cuando V. guste.

La señorita Levrault hizo todos los esfuerzos posibles por ahorrar esta molestia al jóven marqués; opino, sin embargo, que si lo hubiera conseguido

no hubiese quedado muy satisfecha; pero felizmente fueron tales las instancias de la madre de Gaston, que Laura no pudo ménos que ceder á ellas, así como tampoco á las que la dirigió Gaston por mera política. Mme. de la Rochelandier los acompañó hasta el vestíbulo, los vió montar á caballo, los siguió con la vista á través del valle, y no regresó al castillo hasta que desaparecieron por las profundidades de la senda. Al volver al salon, la marquesa tenia el aire satisfecho de una persona que no ha perdido su jornada.

Un poeta, ó cualquiera otro hombre de esos que viven de ilusiones, es bien seguro que hubiera exclamado al ver á Laura y á Gaston marchando juntos por la espesura y rodeados de una atmósfera embalsamada por las flores: «Hé ahí dos enamorados,» y quizás su corazón se hubiera abismado en la melancolía de un lejano recuerdo. Yo mismo, si me fuera dado obedecer á mi fantasía, no vacilara en decir que aquellos dos jóvenes llegaron á sentirse atraídos el uno hácia el otro, y tal vez procuraria hallar los acentos de la juventud para cantar el dulce poema de las ternuras que se desarrollan á la sombra de los bosques, á la orilla de los arroyuelos, y en la profundidad de los valles. Pero desgraciadamente esta historia no es un idilio, y compadezco por lo tanto con toda mi alma á aquellos que se obstinan en buscar en esta

narracion la frescura, la poesía y la gracia de sus sentimientos.

¿Quiere el lector saber lo que preocupaba á la señorita Levrault mientras que Gaston iba cabalgando al lado suyo? Pues bien: la hija del gran fabricante no pensaba ni en la buena figura del joven, ni en la elegancia de su persona, ni en la tristeza de su mirada: pensaba únicamente en su título de marqués. No es esto decir que se la ocultase que Gaston era más joven, mejor mozo, y más arrogante que el vizconde de Montflanquin; pero ante todo, Gaston era marqués, y Montflanquin no era más que vizconde. La hija del ex-mercader se cuidaba muy poco del valor personal de su compañero de viaje; pero el regresar á la Trelade escoltada por un marqués lisonjeaba en extremo su vanidad. Añádase á esto el regocijo que sentia de antemano al considerar el estupor y el despecho de Montflanquin, y se comprenderá fácilmente, si semejantes meditaciones eran á propósito para llamar el amor. Ocultar á los ojos de Laura un joven bien parecido, que podia llegar á ser un esposo excelente, podia pasar; pero tener encubierta la existencia de un marqués en las cercanías, semejante pecado era superior á la indulgencia de la hija del gran fabricante. En cuanto al joven La Rochelandier, debo confesar que mientras iba caminando tan inmediato á Laura, que

muchas veces su rostro habia sentido el velo de la amazona, pensaba mal de su grado en los millones de M. Levrault; y que teniendo como tenia un alma tan delicada y orgullosa cual la de Montflanquin, preocupacion semejante hubiera bastado para cerrar su corazon al amor, caso de que el amor hubiera andado revoloteando en torno suyo.

Aun cuando no sufria su pobreza con grande conformidad, la respetaba, sin embargo, lo bastante para no consentir por nada en el mundo humillarla ante la opulencia. Por eso, sin duda, adoptó con la señorita Levrault un continente frio, reservado, y hasta un si es no es altanero. Si hubiese sido pobre como él, á buen seguro que no hubiera dejado de notar su esbelto talle y su linda figura, porque Laura, era, en efecto, bastante hermosa; pero así como esta solo veia en aquel un marqués, así Gaston veia solamente en Laura la hija de un millonario.

Bajo este supuesto, escusado es añadir que el paseo de Laura y Gaston no tuvo nada de sentimental. El que los hubiera escuchado siguiéndolos oculto al través de los setos, no hubiera podido ménos de sorprenderse al oir á Laura hacer grandes esfuerzos para probar ante el marqués de La Rochelandier, que no era hija de un antiguo mercader de paños, como suponian malas lenguas en

el pais, y que se hallaba unida con relaciones muy estrechas á las jóvenes de la más alta aristocracia. Sus antiguas compañeras de colegio, á quienes tan cordialmente detestaba, se habian convertido de golpe y porrazo en íntimas amigas suyas. Gaston, al escucharla, no podia ménos de sonreirse. Más de una vez intentó Laura obligarle mañosamente á que se explicase acerca del vizconde de Montflanquin; pero Gaston imitó en un todo la reserva y discrecion de su madre, mordiendo sin embargo los labios para no reirse, y reprimiendo á duras penas un movimiento de loca alegría, cuando aquella le interrogó sobre la señorita Chan-teplure.

Despues de caminar cosa de dos horas, distinguieron al través del follaje el tejado de la Trelade, y Gaston, á quien no atormentaba gran cosa el deseo de ofrecer sus respetos á M. Levrault, dijo á Laura:

—Señorita, hemos llegado al fin de nuestro viaje; si no me equivoco esa es la casa de M. Levrault; mi mision por lo tanto ha terminado ya, y si usted me da su permiso, estoy dispuesto á no pasar más adelante.

Pero Laura veia las cosas de otro modo. La presencia del marqués era necesaria para que su entrada produjera todo el efecto apetecido, y queria además que el jóven La Rochelandier volviese á su

castillo llevando alguna idea del lujo de M. Levrault. Así es que volviéndose á Gaston, le dijo con amabilidad:

—Mi padre, caballero, no me perdonaría nunca el que lo dejara á V. marcharse de ese modo, y quizás cobraría aversión á V. mismo por haber evitado que le expresase su gratitud por la acogida favorable que he debido á la señora marquesa. Yo no he tenido reparo alguno en descansar en el castillo de la Rochelandier; de consiguiente, caballero, tampoco debe tenerlo V. en hacer otro tanto en el castillo de la Trelade; mi padre tendrá también un placer infinito en conocerle y en oír de su boca las lisonjeras palabras que la señora marquesa ha encargado á V. que le dijera en su nombre.

Gaston no parecía muy convencido que digamos de la necesidad de cumplimentar al improvisado magnate.

Laura, sin embargo, redobló sus instancias, y embebidos en este ligero debate, llegaron á la verja del castillo.

V

Por la manera con que M. Levrault había insistido en que el vizconde se quedase en la Trelade, éste comprendió al punto que estaba tocando el momento decisivo. Efectivamente, el gran fabricante se había levantado aquel día de la cama, prometiéndose que no llegaría á la noche sin ver coronadas sus esperanzas, y en esta atención había resuelto para precipitar el desenlace obrar con Montflanquin como Mahoma con la montaña: en otros términos; hallábase dispuesto á encajarle su hija y sus talegas. De suerte que el bueno de Gaspar, como llevo dicho, iba á lograr sus fines. Cerca de dos meses hacía ya que le estaba dando en las narices el grato olorillo de los millones de M. Levrault; pero en vez de aparentar deseos ávi-